

EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO

MIGUEL ISABELINO MENDEZ

EDITOR Y ADMINISTRADOR

SUMARIO DEL NÚM. 26

LA ESTRELLA DE ORIENTE, *rito masónico de Señoras que se pretende introducir en la Masonería de la República Oriental del Uruguay*, por Gabaron—LAS SOCIEDADES HISPANO-AMERICANAS, *algunas consideraciones sobre su estado político y económico*, por Th. Mannheim, (continuación)—LA CAJA DE PLATA, *cuento fantástico*, por A. Dumas, (hijo); traducido literalmente del francés para la señorita V..... E.....—SECCION POÉTICA: *La flor de la cavidad*, por Eduardo G. Gordon—Mosaico.

La Estrella de Oriente

RITO MASÓNICO DE SEÑORAS QUE SE PRETENDE INTRODUCIR EN LA MASONERIA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Art. 1.º La Mason.ª en la República Oriental del Uruguay, es una asociacion de hombres libres, independientes y observadores de las leyes del pais, reunidos en sociedades regidas por los principios universales de la Instit.ª Masón.ª, esparcida por la superficie del Globo.

Art. 2.º El principio fundamental de la Mason.ª es la ilustracion y perfeccionamiento de la especie humana, el ejercicio pleno de la beneficencia y caridad, y la práctica de todas las virtudes sociales que constituyen el verdadero hombre de bien.

Art. 8.º Todo Mason contrae para con la Ord.ª deberes de que no puede eximirse sin la flagrante condicion de perjurio; esos deberes son:

Párf. 1.º Profesar la mas decidida adhesion a los principios y fines de la Mason.ª.

(Cod.ª Mas.ª del Gr.ª O.ª del Urug.ª.)

Con grandes muestras de júbilo ha sido recibida por muchos masones la mision del Sr. Cassard, entre cuyos fines, como ya es público, se cuenta la instalacion de un nuevo Rito masónico de señoras: Orden de la Estrella de Oriente. Sus bellezas y ventajas las ha hecho

conocer su introductor en el *Espejo Masónico*, revista que se publica en Nueva-York, en la cual dió á luz los manuales, y últimamente por el manifiesto que dirige á las esposas, viudas, hijas y hermanas de los masones de esta ciudad.

Masones antiguos y decididos, consagrados durante los mejores años de nuestra vida á la propaganda de los principios y prácticas de las virtudes masónicas, hemos visto siempre que no es en el estudio de la filosofía masónica, ni en el exámen tranquilo y profundo de los fines que la Masonería se propone ó debe proponerse, en lo que mas descuellan los masones de esta República.

Es una verdad profundamente dolorosa para nosotros.

Précianse por lo general de buenos ciudadanos, demócratas puros, severos republicanos, y sin embargo, los vemos aceptar y practicar el Rito Escoces antiguo y aceptado, rito masónico esencialmente teocrático, aristocrático, bíblico-religioso, contradicción la mas flagrante con las doctrinas y principios sociales, políticos y religiosos que alardean con legítimo orgullo en su vida pública.

¿De qué proviene tal contradicción, sinó de la falta de ese estudio y exámen que hemos mencionado?

Y lo mismo que sucede con el Rito Escoces antiguo y aceptado, parece que vá á suceder con el de la Estrella de Oriente: — muchos se preparan á aceptarlo sin haberlo estudiado ni examinado, ni leído una vez siquiera. Ofuscados por las brillantes bandas y decoraciones masónicas del aristocrático escocismo y sus pomposos títulos, irán ciegos á recibir nuevos títulos y nuevas decoraciones y bandas para aumentar lo que ya tienen de sobra.

Y nuestra misión como masones es otra. «Nosotros, se decia en la última conferencia masónica, en los países democráticos, somos los llamados á armonizar las leyes y prácticas masónicas con el adelanto científico y progresivo de nuestro siglo.» ¿Conduce á algo de esto, que es lo mas puro de la masonería, el Rito de la Estrella de Oriente?

Seguramente que no. Por el contrario; rito esencialmente bíblico-religioso-caballeresco, absurdo por consiguiente en nuestra época y en este país, como muchos otros que se practican entre nosotros, — el escoces en primer término, — solo servirá en último caso para sembrar

nuevos gérmenes de oscurantismo, de preocupaciones, y hasta de fanatismo en el seno de nuestras familias.

Que el señor Cassard, cuyas aristocráticas y retrógradas ideas en Masonería se conocen por la lectura de su *gran manual*, trate de aumentar la *bisutería* masónica con la introducción en esta república de su nuevo rito, no lo extrañamos; le lleva por lo menos el deseo de propagar *sus ideas*; pero siendo así que estas son opuestas á las que profesamos en el triple carácter de hombres sociales, de ciudadanos y de masones, nuestro deber es rechazarlas.

Nuestro deber presentemente y desde algunos años atrás, es trabajar en el verdadero, genuino sentido de la Masonería, « institución *esencial y completamente benéfica, filosófica y progresiva*, que tiene por objeto *el descubrimiento de la VERDAD, el estudio de la MORAL UNIVERSAL, de las ciencias y de las artes, y la aplicación de estos principios á la vida práctica de los pueblos*; » institución que « *considera la libertad de conciencia, como un derecho propio, inalienable é indiscutible y acepta como hermanos á todos los hombres honrados* cuales quiera que sean sus creencias y color de raza ; » institución cuyo lema es el sagrado lema de todos los pueblos democráticos: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

Tales nuestro deber de masones, tal debe ser nuestro trabajo; no el de introducir nuevos ritos que empeorarán el mal en vez de curarlo.

La Masonería en estos países no vive la vida que debiera vivir, ni dá los resultados que debiera dar, como los ha dado en otras partes y en otras épocas, porque vive estacionaria y sofocada por una rutina rancia, atrasada é incompatible con la época actual y las ideas, instituciones y prácticas dominantes del país. Vive luchando dentro de sí misma, contra sus preocupaciones de altos grados, de prerogativas y privilegios personales, y mientras no los venza y se depure y se reforme, no será benéfica y fecunda en resultados.

En este trabajo interno y laborioso está ocupada, próxima á una crisis que vendrá irremediablemente, como en otras épocas y otros países, para adaptarse definitivamente á esta época y á este país, suprimiendo todo cuanto en masonería deba suprimirse, aumentando todo cuanto deba aumentar. ¿Entrará en esto un rito de señoras? Es

indudable; pero no podrá nunca ser el de La Estrella de Oriente.

Enferma nuestra sociedad con infinitas preocupaciones que la masonería debe desarraigar, ese rito mas bien las favorece y acrecienta. Tenemos preocupaciones sociales, preocupaciones políticas, preocupaciones religiosas, preocupaciones científicas, tenemos hasta preocupaciones masónicas, y nada de esto se destruye con leyendas de la Biblia mas ó menos adulteradas, mas ó menos mal adaptadas; se sostienen y se robustecen, por el contrario.

La materia es fecundísima y podríamos continuar llenando algunas páginas mas; pero terminaremos por hoy aquí con algunas palabras sobre el tópico principal de nuestro artículo.

No somos opositores al ingreso de Señoras en la Masonería, muy al revés: hemos trabajado siempre en el sentido de que sean nuestras compañeras en la vida masónica, como lo son en la vida doméstica. Pero esto, no con ritos bíblicos religiosos que en vez de ilustrar su entendimiento y predisponer su corazón á la práctica de las grandes virtudes sociales, siembra en ellas nuevos gérmenes de fanatismo y superstición. Erijamos templos masónicos en donde vayan nuestras esposas, nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras hijas á ilustrar su espíritu y fortalecer su corazón, haciéndoles comprender por medio de una enseñanza profunda y bien dirigida, que la instrucción y las virtudes son adornos infinitamente mas valiosos que las mas brillantes sedas, los mas delicados encajes, los mas hermosos brillantes.

Enseñémosles allí á ser buenas esposas, buenas madres, hijas estudiosas y modestas; estimulémoslas con nuestro ejemplo y nuestro aprecio y respeto á la práctica de todas las virtudes y así podremos vanagloriarnos de haber hecho un gran adelanto en la Masonería y contribuido eficazmente al progreso y á la felicidad de la Humanidad.

GABAON.

Diciembre 7 de 1871.

LAS SOCIEDADES HISPANO-AMERICANAS

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE SU ESTADO POLÍTICO Y ECONOMICO

POR TH. MANNEQUIN

(Traducido espresamente para el « Club Universitario »)

(Continuacion)

Es preciso toda la ceguedad del propósito preconcebido y de la rutina, que son los consejeros ordinarios de la política, para no ver que la práctica de la centralizacion administrativa es imposible en la América Española. Qué de mas irracional, de mas contrario al sentido comun que un órden de cosas que separa la sociedad de su gobierno, que hace á este independiente de aquella? Esto recuerda la política de los conquistadores en los pueblos conquistados. Como administracion de un pais conquistado, la centralizacion, en efecto, se esplica; es necesaria, indispensable; es opresiva sin duda, pero no puede ser de otro modo. Fuera de este caso, que no pretendo justificar, no tiene otra razon de ser que la que yo le atribuyo, á saber: subordinar todas las conveniencias de la sociedad á las conveniencias del poder, y esta razon es mala bajo todos aspectos. En la América española esta razon no es solamente mala en principio, es ademas impracticable, lo que la hace á la vez odiosa y absurda. Los pueblos, se dice, no tienen inteligencia política, para gobernarse ellos mismos; no sé, pero en todo caso, la inteligencia de que se hace título para gobernarlos no debería carecer ni de prudencia, ni de respeto por la justicia.

De la impotencia de la centralizacion aun mas que del ejemplo de los Estados Unidos ha salido lo que se llama la federacion en la América Española; pero esta federacion no es en realidad mas que un rompimiento de la centralizacion, cuyos pedazos son las imágenes fieles del todo. Cada pedazo de un pais antes centralizado, se administra como antes el todo, con el mismo celo hostil á toda intervencion directa de los administrados en la accion política del gobierno. Tampoco la federacion cambia esencialmente la política de pais semejante; no hace mas que crear diez ó veinte administraciones sobre las ruinas de una sola, y todas tan malas, por lo menos, como la administra-

cion única ó unitaria. Sin embargo, añade una complicacion, es el gobierno central, general ó nacional el que debe dominar todas estas administraciones y que nunca las domina, como se sabe, por lo menos en la América española. Otro vicio inherente á todas las confederaciones hispano americanas, es la impotencia de atraer todos los espíritus á su principio,—si á veces tienen un principio suficientemente caracterizado,—y dejar siempre subsistir en su seno un partido unitario capaz de turbarlas á cada instante. Tal es por lo menos el estado singular que presenta la Confederacion Argentina. Allí, en efecto, no se ha podido jamás organizar un gobierno central, unitario ó federal, capaz de subsistir. Todos los que se ha intentado establecer llevaban en sí mismos, desde su nacimiento, el gérmen de una descomposicion que no tardaria en sobrevenirles y arruinarlos: estaban en cierto modo bajo la dependencia material de un gobierno provincial al cual pedian un territorio para fijarse en él, y hasta rentas para subsistir. Cosa estraña ! estos gobiernos se parecian en el seno de la sociedad de la que se decian la espresion mas elevada y mas necesaria, á estrangeros, á intrusos, á huéspedes incómodos y onerosos, cuya carga nadie queria soportar ! Cosa no menos estraña ! ha podido pasarse sin ellos ! He aqui lo que es capaz de confundir muchas opiniones, y hacer presentir muchas reformas en política.

Sea como sea, ni unidad, ni federacion, tal parece ser, aun hoy, la última palabra de los Argentinos en materia de gobierno central ; y este resultado puede ser atribuido á los errores, á las ilusiones y á la impotencia del espíritu de centralizacion. La última palabra de los Americano Españoles, en general, respecto á sus gobiernos, sean cuales sean, es mas subersiva aun, pues parece escluir á todos ; y es tambien un resultado de los mismos errores, de las mismas ilusiones, de la misma impotencia, Quiére esto decir que los Americano-Españoles son ingobernables ? Se dice, pero este lenguaje es demasiado cómodo y por lo general demasiado interesado para merecer la confianza de los lectores, quienes necesitan otra cosa que palabras ; por otra parte, ese lenguaje ni aun es especioso. Porqué pues los Americano-Españoles se negarian á todo gobierno ? No veo el interés que en esto tendrian, y veo claramente al contrario el interés que tienen en vivir en paz ; despues, no veo que ellos hayan agotado todos los

medios posibles de gobierno. Se querrá mas bien arrojar la falta de la anarquía, de que no saben salir, sobre aquellos que los gobiernan? Pero estos no dejarian de protestar, y tendrian razon. Dirian, que sin pretender la capacidad de los hombres de Estado mas eminentes de Europa, ellos valen tanto como muchos otros, y que, despues de todo, son las ideas y las prácticas políticas de la Europa las que ellos aplican sin cesar. No serian estas ideas y estas prácticas las que causan todo el desórden cuya responsabilidad nadie quiere aceptar? Dando su parte á los gobernados, á los gobernantes y á las circunstancias en las causas de este desórden, no se llega á explicarlo de una manera satisfactoria y se siente la necesidad de buscar en otra parte sus causas mas generales.

Estas causas las encuentro en la influencia del Estado sobre la enseñanza en todos sus grados, sobre todo en las consecuencias de esta influencia en otro tiempo. Por esta influencia, el Estado pesa sobre la razon, la ciencia y la conciencia, y de aquí resulta la fé y el escepticismo que no temo llamar los dos hijos gemelos de la autoridad. Por otra parte, la fé y el escepticismo tienen en política consecuencias incalculables. La fé produce la intolerancia y la obstinacion en el error. El escepticismo produce la indiferencia y la corrupcion. Los dos juntos producen la movilidad de las opiniones que es funesta á todos los gobiernos.

La enseñanza por la autoridad ó en nombre de la autoridad engendra la fé y el escepticismo de dos modos, directa é indirectamente; directamente, reclamando adhesiones de confianza á las afirmaciones y á las negaciones que dá, é indirectamente, dando afirmaciones y negaciones contradictorias. No confundo el escepticismo con la duda racional. El escepticismo, segun yo por lo menos, niega como la fé afirma, por confianza, es decir sin motivos suficientes. La duda racional no se pronuncia ni por la afirmacion, ni por la negacion, cuando los motivos para negar ó afirmar son insuficientes.

Se vé facilmente cómo la fé y el escepticismo nacen directamente de la enseñanza en nombre de la autoridad; la mayor parte de las creencias y de las protestas concernientes á la religion están en este caso; pero no se vé tan bien como nacen de aquí indirectamente, y voy á mostrarlo con un ejemplo. Se conocen las afirmaciones contra-

dictorias del cristianismo y de la ciencia relativamente á la astronomía y á la geología, y bien, cuando se prefieren las del cristianismo, se hace un acto de fé respecto al cristianismo y un acto de escepticismo respecto á la ciencia. En política, abundan semejantes contradicciones. Los diferentes poderes del Estado se contradicen á cada instante, y cada uno de ellos se contradice en sus propios actos. Es así que un decreto contradice un decreto, que una ley contradice una ley y que una jurisprudencia contradice una jurisprudencia. Si fuera preciso enumerar las contradicciones de este género en política, no bastarian volúmenes. Luego, la consecuencia de todo esto es la fé y el escepticismo en todo el mundo, es el caos. Cuando es la ciencia la que contradice la política, el espíritu puede reposar sobre algo sólido optando por la ciencia; pero cuando es la política que contradice la política y falta la ciencia, ¿sobre qué reposará el espíritu?

También se vé en política faltar el espíritu de la fé al escepticismo y del escepticismo á la fé, y el escepticismo estenderse cada día mas, á medida que la experiencia viene á disipar las ilusiones de la fé, sin reemplazarlas por creencias científicas, lo que los métodos políticos hacen difícil.

En ninguna parte este caos político de la fé y del escepticismo con las consecuencias que de él emanan, la intolerancia y la obstinacion en el error, la indiferencia y la corrupcion, en fin, la movilidad de las opiniones es mas sorprendente que en la América española; y en ninguna parte de la América española es tan sorprendente como en la Nueva Granada; pero los hábitos del espíritu contraídos bajo la tutela de la autoridad persisten aun allí y persistirán largo tiempo, y de aquí proviene, que es por decir así fatal, que cada partido quiera ejercer la autoridad en provecho propio, no siendo la autoridad para los partidos mas que un medio de imponerse á la sociedad. (1)

Así es que la Nueva Granada ha venido á ser en estos últimos tiempos una especie de campo de maniobras para todos los sistemas conocidos de la política y del socialismo, y que los innovadores mas extravagantes han tenido allí discípulos é imitadores ardientes, que no

(1) La autoridad, como se comprende en política, no es otra cosa en todas partes y no es ni porque sea fuerte, ni porque sea durable que cambiará de carácter. Se comprende desde luego que los partidos la combatan sin respetarla.

retrocedían ante los peligros de someter todos los días á su país á experiencias nuevas. Así es que se ha visto allí rehúsar el impuesto bajo el pretexto de que el gobierno debe ser gratuito, tratar de matrimonio y de divorcio sin formalidad ninguna, por consideración al derecho absoluto de cada uno de disponer de su persona; garantizar la impunidad de los ladrones y los asesinos por la razón que la sociedad no tiene el derecho de castigar, ó que el remordimiento castiga bastante á los criminales ó que los criminales son enfermos mas dignos de piedad que de cólera; pero, por una reacción del espíritu capaz de semejantes exageraciones, se ha visto allí igualmente la propiedad confiscada por medida de seguridad general, las mujeres tiranizadas y los hombres políticos ejecutados en masa y sin juicio.

En cuanto á la movilidad y á la incoherencia de las opiniones entre los americano-españoles, todo el mundo es testigo de ellas. Para ellos los nombres de partido significan casi nada, por lo menos literalmente. Tal de entre ellos que se coloca bajo la bandera llamada democrática tiene á menudo mas vanidad que un descendiente de Carlomagno; tal otro que se dice liberal tiene á menudo mas absolutismo que un Czar de todas las Rusias; y cuando uno y otro pasan al partido contrario, lo que hacen sin mucho escrúpulo, se muestra ordinariamente mas exagerado que aquellos cuyas exageraciones no ha mucho combatía. Un hecho raro, pero que se explica por la incoherencia del temperamento político de los Hispano-Americanos, es que los mas ardientes republicanos de entre ellos, apenas llegan á nuestros países monárquicos, se deshacen por visitar las Cortes y se apresuran á añadir una partícula á sus nombres plebeyos, cuando no se llenan de títulos nobiliarios sacados de su imaginación.

Por otra parte, se muestran generalmente grandes admiradores de nuestros gobiernos mas ó menos personales, sobre todo de nuestros gobiernos militares, y se puede estar casi seguro de que serán torys en Inglaterra, católicos en Bélgica y partidarios del poder temporal del Papa en Italia; en fin, si tienen hijos que educar no dejarán de entregarlos á los jesuitas. Cuando no cometen semejantes inconsecuencias, vituperan hasta el extremo todas nuestras instituciones. Conozco algunos, sin embargo, que no son ni inconsecuentes, ni

exagerados, y que saben conservar dignamente entre nosotros el carácter de su país, pero es el número mas pequeño.

Todo esto no impide que el Americano-Español tenga cualidades muy notables. En la categoría en que se reclutan los hombres que gobiernan, no es menos inteligente que el Europeo de la misma categoría, y no es ciertamente mas malo. Se le dice mas corrompido, pero este juicio podria muy bien no estar fundado mas que en una apariencia. Jamás se ha mostrado disciplinado como los proteccionistas de la Europa para la conquista del privilegio en perjuicio de las masas, y ménos se cubre con la máscara del interés general ó de la ciencia para satisfacer sus intereses particulares. En materia de abusos prefiero el cinismo á la hipocresia. Lo que á primera vista llama mas la atencion, es la riqueza natural de su inteligencia. Ciertamente, no hace siempre una aplicacion juiciosa, ni asidua, ni perseverante de sus facultades, á lo que, además no le estimulan bastante las condiciones generales del medio económico en que vive; por otra parte, no se le puede reprochar al mismo tiempo mas que una gran ligereza de espíritu, que le impide profundizar: un deseo aun mayor de aparecer, que le lleva á la presuncion y aun al charlatanismo, dos extravagancias bien conocidas de la juventud inteligente; pero no se puede negar que está muy felizmente dotado por la naturaleza; que brilla fácilmente cuando quiere, y que con voluntad y perseverancia puede llegar á todo.

Desgraciadamente no es bastante trabajador. En sociedad con sus amigos, ó en el mundo, como se dice, muestra siempre una civilidad notable. En su país, es amable, afable, hospitalario; su casa está abierta siempre y á todos, sobre todo á los extranjeros. Tiene sin embargo, preocupaciones contra estos, recela de ellos á menudo; pero no puede rehusarles su simpatía, y le gusta hacerse querer de ellos. A veces se muestra ávido, otras liberal hasta la prodigalidad. Es disimulado en ciertos casos y franco hasta la ingenuidad en otros. En fin, es afectuoso hasta la locura con sus hijos; y rara vez se le vé, aun sin ser rico, dejar á sus parientes en la necesidad. Creo poder reasumir así su carácter: sus defectos se han desarrollado y han dado ya todo lo que de ellos se puede esperar; sus cualidades por el contrario, no se han desarrollado aun, y darán todo lo que de ellas se puede esperar.

En una palabra, el Hispano-Americano es un anciano por sus defectos, y un niño por sus cualidades.

IV

Cosa admirable y que se rehusaria creer si los hechos no estuviesen delante para atestiguarlo, la anarquia no ha impedido progresar á las sociedades hispano-americanas, y, en cierto modo, ha facilitado su progreso! Se puede juzgar por esto de lo que podia ser el régimen al cual ha sucedido la anarquia, entre ellas.

(Continuará)

LA CAJA DE PLATA

CUENTO FANTÁSTICO

POR A. DUMAS, (hijo)

TRADUCIDO LITERALMENTE DEL FRANCÉS PARA LA SEÑORITA

V... E....

Aun se ve á seis leguas de Paris sobre el camino del Norte, un castillo encantador, construccion de la época de Luis XIII, ó lo que es lo mismo, muros de ladrillo, torrecillas en los ángulos con techos de pizarra, en forma de apagador y coronadas por un ramo de flores de hierro cincelado, de un gusto maravilloso.

Este castillo, que en su principio fué un convento, encierra en sí, todo el confortable que ciertas comunidades monacales sabian procurarse, antes de la influencia inglesa, y á lo que ellas llamaban su humilde retiro, así que el primer comprador de este edificio tuvo muy poco que hacer para convertirlo en una de las mas agradables residencias que puedan imaginarse. Las celdas del primer piso, han sido convertidas en lindos dormitorios de amigos; la escalera de piedra, á rampa esculpida, abrigada con una alfombra, y los refectorios y locutorios del piso bajo, transformados fácilmente en salon, sala de billar y comedor. En cuanto á las cocinas, sus condiciones eran tales, que habrian perdido en las modificaciones, asi que fueron respetadas como lo merecian.

Ignoro si los primeros habitantes de esta morada eran hospitalarios,

pero indudablemente han sido dejados muy atrás por el actual propietario, pues es imposible invitar con mas gusto y noble afabilidad. Desgraciadamente no es, como yo quisiera, del nuevo castellano de quien voy á hablaros; su modestia me obliga à callar respecto de lo que pienso y de lo que he visto; pero voy á contaros una historia de la cual una parte ha pasado en esa casa en tiempo de su anterior propietario.

Un dia de uno de los meses de Setiembre que han pasado hace cincuenta años (es inútil como lo vereis asignar una fecha precisa á una historia del género de la que vais á leer), algunas personas estaban reunidas en el salon del castillo; una señora de cuarenta y cinco años mas ó menos, viuda, pero soportando su viudedad bastante filosóficamente, gracias á sus numerosos amigos y á su gran fortuna, habiendo sido bella, siendo bien aun, y marquesa por añadidura; basta en cuanto á esta dama, que no era otra que la dueña de la casa.

A su lado una mujer jóven, la baronesa d'Ange; bonito nombre, no es verdad? y linda persona tambien os lo aseguro. No conteis, sin embargo, con una descripcion de belleza, paleta conocida, invariable, que dá el blanco, el azul y el rosado por primeros colores, y por comparaciones, el azul del cielo, la perla de los mares, el oro de los trigos, la brillantez de la nieve, el negro como el ébano y la blancura del lirio. Os gustan las morenas? Pues bien; figuraos vuestro ideal moreno en una mujer jóven. Preferis las rubias? Por haceros el gusto os diria que mi baronesa era rubia. Ya veis que soy conciliador. Es porque me intereso en que os agrade, tanto mas, cuanto que os aseguro que no sé si era rubia ó morena. Lo demas poco importa. La gracia puede ser morena ó rubia, el encanto rubio ó moreno, y lo que puedo aseguraros es que la baronesa era la encarnacion de la gracia y del encanto. Quién es su marido? Quién es su amante? me preguntareis, porque pobres historiadores del corazon, desde que ponemos en escena una mujer jóven y bonita, tenemos que agregar en seguida que ama, á quién ama, cómo y porqué, y despues, entrar en las diferentes peripecias del amor, hasta que en la última línea de nuestro libro la dejemos dichosa ó muerta.

Pues bien, voy á desorientaros. La baronesa no tiene ni marido ni amante, y agregaré que no tiene inclinacion ni por el uno, ni por el

otro. Sin embargo, no responde del porvenir, y esperando, es viuda como la marquesa.

Hay aun tres personas mas en el salon: un médico de treinta y cinco años mas ó menos, de nombre Claudin, un viejo general llamado Saint Brun, y un rico banquero, que en el siglo diez y ocho me habria visto obligado á llamarle Mondor, pero cuyo verdadero nombre es Carillac.

Opino que el general se casaria de muy buena gana con la marquesa, que el banquero lo haria con la baronesa y que el médico, si esto sucediese, se contentaria con cuidar la mujer del banquero, pero esto poco importa.

Señores, el tiempo está soberbio, decia la marquesa, mañana tendreis una linda partida de caza.

—A quién esperais aun ? preguntó M. Claudin.

—A M. de Montidi.

—Jóven encantador, dijo el general.

—Que hace una hora que debia haber llegado, contestó Mme d'Ange, por que las cinco están al caer.

—Cómo viene ?

—Siempre á caballo.

—No hay peligro, el camino es magnífico.

—Y monta perfectamente.

—Habrá sido detenido por algun negocio.

—Quereis que mientras lo esperamos demos un paseo ?

—Con mucho gusto.

José, dijo la marquesa á un criado, poniendo el pié sobre la fina arena de la gran alameda del parque, si M. de Montidi viene, le direis que estamos del costado del criadero de faisanes.

Los paseantes se alejaron en dos grupos. Estaban de vuelta á las seis y media. M. de Montidi no habia llegado. Empezaron á inquietarse. A las siete nada aun.

No vendrà hoy dijo la marquesa.

Acababan de sentarse á la mesa, porque en el castillo se comia á las siete, cuando un sirviente abrió la puerta del comedor y anunció:

M. Julien de Montidi.

Qué dicha !, exclamó la baronesa, aun llegais á tien po.

M. de Montidi apretó la mano que le presentó la marquesa, besó la de Mme. d'Ange, dió familiarmente los buenos dias al doctor, se inclinó respetuosamente delante del general, y saludó al banquero á quien no conocia ; en seguida se sentó en el lugar que le esperaba.

M. de Montidi era un jóven bastante elegante, bastante rico, bastante gentil, y bastante bueno.

Ahora esplicad qué razon habeis tenido para retardaros tres horas, le preguntó la marquesa.

—No es por culpa mia. Miradme.

—La verdad es que estais un poco pálido.

—Esa es mi excusa.

—Estais enfermo ?

—No, absolutamente.

—Entonces, qué os ha sucedido ?

—Poco ha faltado para que no viniese ni hoy ni nunca.

—Explicaos.

—Despues de comer. No quiero quitaros el apetito.

—Es algo muy dramático ?

—Sí.

—Sea, pero si la excusa no es buena, seremos aun mas severos.

—Comieron alegremente, como se come en el campo entre amigos, y acabada la comida, pasaron nuevamente al salon.

—Veamos la excusa, dijo la marquesa.

—Qué suponiais no viéndome llegar ?

—Que lo habiais olvidado, dijo la baronesa.

—Eso es inverosimil.

—Que os habia sucedido alguna desgracia.

—Enhorabuena !

—Pero el peligro ha pasado ?

—Sí.

—Vamos, se os escucha.

—Habeis visto alguna vez caer alguno de un cuarto piso ?

—Jamás, dichosamente.

—Pues bien ! yo he visto eso hoy mismo.

—Dónde.

—Calle de Saint Honoré.

- Dios mio! una hombre ó un mujer?
- Una mujer.
- Jóven?
- De veinte años.
- Pobre criatura! ha sido un suicido ó una casualidad?
- Un suicidio,
- Cayó cerca de vos?
- Un paso mas y habria quedado debajo. Cayó á mis piés.
- Es espantoso!
- Os lo aseguro.
- Se mató?
- En el acto.
- Y se sabe la razon que la indujo á arrojarle por la ventana?
- No. Se hacian toda clase de comentarios alrededor de su pobre cuerpo, pero bien podeis imaginaros que no me he divertido en oirlos.

—Es al venir que habeis presenciado el suceso?

—No, entraba en casa á tomar mi caballo para venir aqui. Estaba con uno de mis amigos. Caminábamos bastante lijero. De pronto una cosa cae delante de nuestra vista, con gran ruido y un grito desgarrador. Era una mujer. Todo el mundo se agolpó á mirarla.

—En cuanto á mí, no tuve la fuerza necesaria y me sentí desvanecer, me ví obligado á apoyarme en la pared para no caer y al darme vuelta para no mirarla. Me acometió un temblor nervioso y de vuelta en mi casa, necesité dos horas para volver á mi estado natural.

—Y vuestro amigo?

—Oh! mi amigo, impasible.

—Cómo impasible? qué lo que vió no lo conmovió?

—Como os lo digo. El es así, nada le conmueve. Mientras que unos huian y que otros mas curiosos acudian, pero inútiles, mientras las mujeres gritaban y que nadie se atrevia á tocar á tan desdichada mujer, y yo bebia un vaso de agua para reponerme, él se agachó tranquilamente, levantó el cuerpo hecho pedazos, lo tomó en sus brazos, por los cuales corria la sangre, y la depositó en un almacen diciendo: si vuelve en sí, será dichosa. En seguida me alcanzó y como si nada hubiera sucedido, siguió narrándome una aventura que me referia

antes que el suceso tuviera lugar. No habia ni aun cambiado de color.

—Y hay hombres así !

—Creo que no hay mas que uno ; y á lo que parece, lo he encontrado en mi camino.

—Y lo llamais vuestro amigo ?

—Por qué no ?

—Pero ese hombre es indigno de amistad.

—Pero no tiene corazon.

—Qué edad tiene ?

—La mia.

—Es el verdugo.

—Nolo creo.

—Qué le habeis hecho ?

—Nada. Lo he visto siempre tan tranquilo en circunstancias en que todos se conmovian.

—Es de una naturaleza espantosa.

—Y tiene veinte y dos años ?

—Sí.

—Es imposible.

—En seguida en mi casa, se hizo servir de almorzar, y comió con el mayor apetito.

—Es francmason.

—Julien, se puso á reir.

—En fin, replicó, ved lo que él hizo mientras que yo no podia sostenerme en mis piernas ; y me creo tan valiente como cualquiera.

—Tampoco eso es una prueba de valor, dijo M. de Saint Brun, que se conocia inteligente en esta materia.

—Es una prueba de insensibilidad de la que me considero incapaz, aun que médico, dijo M. de Claudin.

—Y yo afirmo que podria encontrarse medio de conmover á ese insensible, agregó M. de Carillac, con el aplomo de un hombre que crée que sus palabras son de oro.

—Hay emociones á las cuales es imposible resistir, continuó d'Ange. Vuestro amigo se burla de vos ; es lo que se llama un farsante, en lenguaje vulgar.

—Yo apostaría á que lo hacia conmover.

—No lo creo.

—Es rico? preguntó el financista.

—No.

—Se ha batido? agregó el general.

—Jamás.

—Ha amado? dijo á su vez, la baronesa.

—A nadie.

—Es un niño, dijo el ricacho, solo pido dos horas para sacarlo de sus casillas.

—Y yo, cinco minutos para hacerlo desvanecer.

—Y yo dos palabras para hacerlo llorar.

—Pues bien, dijo Julien, hay una cosa muy facil de hacer.

—Cuál?

—Si la señora marquesa lo permite, voy á escribirle invitándole á cazar con nosotros.

—Si os lo permito. Y bien?

—Cada uno hará su tentativa, y si se conmueve un instante, si su corazon late una sola vez, yo pierdo la apuesta. Os parece bien?

—Pero no le prevendreis nada.

—Nada.

—Cada uno hará su prueba como le parezca.

—Se entiende.

—Pero aceptará la invitacion?

—No tiene nada que hacer.

—Y vendrá?

—Desde mañana.

—Sea!

Julien, tomó una pluma y escribió á su amigo, entregó la carta á un criado, encargado de llevarla en la noche, á fin de que el jóven pudiese estar en el castillo en la mañana siguiente.

Se pasó el resto de la noche en hacer preguntas á Julien sobre tan raro personaje.

Es buen mozo? Es bajo? Es alto? Es moreno? Es rúbio? Es pálido?

Preguntas á las cuales contestaba: no quiero deciros nada, mañana lo vereis.

Cada uno puede entonces, hacerse ilusiones, sobre la figura del que los tenia preocupados, y despues que estas ilusiones se comunicaron, convinieron, que debia ser alto, delgado, pálido, vestido de negro, con ojos brillantes, dientes blancos, cabellos largos peinados para otras y un modo de andar fantástico propio de las creaciones de Hoffmann.

Al dia siguiente, á medio dia, se hallaban reunidos en el salon, esperando con curiosidad, cuando un sirviente abrió la puerta y anunció :

—El caballero d'Ilo.

En aquella epoca habia aun caballeros.

Todas las miradas se dirijieron hácia la puerta y vieron entrar á un jóven de mediana estatura, rubio, alegre, gordito, y cuyos ojos azules, límpidos y abiertos, acompañaron con una mirada llena de dulzura y gracia, el saludo que hizo entrando. Pié chico, lindas manos, dientes blancos, aire de salud, rosado, elegantemente vestido, barba naciente ; todo hacia del caballero un ser simpático á primera vista. Tenia el aspecto de un muchacho bien mantenido, de un Apolo regordete, sin consecuencia y escelente para abrazarlo. Era el vivo desmentido del alma que se le suponía. Se miraron con asombro ; se cambiaron algunas sonrisas desdeñosas, y la conviccion general fué, que M. de Montidi los habia burlado.

Julien, á quien no podia escapársele el efecto inesperado que producía su amigo, se levantó y lo llevó hácia la marquesa, á quien dijo :

—Permitidme Señora, presentaros uno de mis mejores amigos; el caballero d'Ilo, que podrá deciros que mi tardanza de ayer, fué completamente independiente de mi voluntad.

—Es verdad, Señora, dijo el caballero, Julien merece toda indulgencia, sobre todo si quisiera pedir un poco para mi, que no tengo mas título que su amistad, para la graciosa invitación que habeis tenido á bien hacerme.

—Es mas que suficiente caballero, á lo cual, preciso es confesároslo, se unía cierta dósis de curiosidad.

Al mismo tiempo la marquesa, haciéndose eco del deseo de los demás y abordando francamente la cuestion, invitó al caballero á

sentarse, lo que este hizo con una soltura que demostró un conocimiento perfecto de la sociedad mas escrupulosa.

Mme. d' Auge no le quitaba la vista En cuanto al caballero, no notaba el interés que inspiraba.

Sí, replicó la marquesa, M. Julien nos ha contado el suceso que habeis presenciado con él, y deseariamos saber el fin.

Dios mio, Señora, lo ignoro completamente ; pero no debe tener nada de interesante, puesto que la jóven estaba muerta.

—Sois vos, Señor, el que la habeis levantado ?

—Si Señora, respondió M. d'Ilo, con el tono mas natural.

—Tenia el cráneo despedazado ?

—Completamente, los sesos se derramaban como el agua de un vaso.

—Perdonadme, dijo la marquesa, poniéndose pálida á su pesar, al oir tan tranquila comparacion, perdonadme si de vuestra llegada os hablo de este asunto, pues desde anoche no nos ocupamos de otra cosa, sino de la sangre fria con que os habeis portado, que es muy notable en vuestra edad.

—Dichosamente, Señora, tengo bastante sangre fria.

—Pero la verdadera razon porque estais aqui, es porque todos queremos mucho á M. de Montidi, que tambien nos quiere, y que sus amigos son los nuestros. Pasareis con nosotros el mismo tiempo que el no es verdad ?

—Disponed de mi, Señora.

—Muy bien. Sois cazador ?

—Un poco.

Julien presentó personalmente su amigo á las demas personas, y diez minutos despues de su entrada en el salon, M. d'Ilo tenia el aire de un antiguo amigo.

El dia era magnifico. Se empezó el paseo por el parque.

—La caza era para el dia siguiente.

—Durante este paseo, dejaron à M. d'Ilo conversar con el médico y el general. El banquero y la baronesa que conocemos, llamando á la marquesa y á Julien, les dijeron:

—Se trata de una apuesta ; todos los medios son buenos?

—Todos.

—Con una condicion, objetó la marquesa, y es que hechas las ten-

tativas, sucumba ó no M. d'Ilo, se le dirá la verdad y si es necesario le darán las excusas que sean del caso.

—Convenido.

—Os lo fijurábais tal como es, marquesa?

—No, ciertamente.

—Y sosteneis vuestra apuesta, Julien?

—Y si quereis la duplico.

La marquesa, Julien y las otras tres personas se unieron al caballero y al médico.

M. d'Ange se dirigió á ellos directamente.

—Doctor, preguntó, de qué hablabais con el caballero?

—De lo que se llama el alma, respondió M. d'Ilo.

—Y creéis en ella señor?

—Sí, señora, sobre todo cuando veo una persona cuya belleza no seria nada, si el alma no la bañase como un perfume.

—Poesia, Dios me perdone.

Sentimiento cuando mas.

Sin duda, Caballero, habrá en alguna parte un alma que os inspire mas que las otras.

—No señora.

—No amais nada ni á nadie?

—El caballero miro á M. d'Ange sin responder.

—Por que me mirais así?

—Por que me asombra vuestra pregunta, señora.

—En qué?

—En que me pedis un conferencia seria que al hacerosla, solo satisfaria la curiosidad y no el interes, puesto que no hace mas que diez minutos que tengo el honor de conoceros.

Mme d'Ange se ruborizó un poco.

—Como señor, replicó, hay algo que os admira?

—Por qué no señora?

—Porque creia que nada era capaz de impresionaros.

—Y quien os ha dicho eso.

—Lo suponía despues de lo que he oido contar de vos, despues de la aventura de ayer, en presencia de la cual habeis permanecido impasible.

—Qué hay de sorprendente en esa impasibilidad ?

—Sin embargo, debe ser bastante conmovedor, ver á una mujer romperse la cabeza sobre el empedrado.

—Solo hay dos caminos que seguir en presencia de un suceso de esa naturaleza; ó conmoverse, lo que es inútil y comun, ó socorrer al desgraciado, lo que es mas caritativo y útil. Levanté á esa desgraciada mujer y la retiré de la estúpida curiosidad de los paseantes. Creo haber hecho lo que debía.

(Continuará)

Seccion poética

La flor de la Caridad

I

Es la noche, el rudo viento
bate sus álas furioso,
pareciendo poderoso
amenazar la creacion.

El agua cae á torrentes
lóbrega la noche existe,
como está el alma del triste
en sus horas de afliccion.

II

Pálida y triste sin par,
entre el dolor y el cariño,
en brazos llevando un niño
se vé á una mujer pasar.

El agua su rostro moja,
y el viento la tambalea,
y ella, marchando pelea
por contener su congoja.

El pobre niño transido,
ella, de dolor deshecha;

contra su seno le estrecha
ahogando un triste gemido.

Así el huracan domina,
nada le arredra ni asombra ;
parece una vaga sombra
que á un cementerio camina.

Oye pasos, — se detiene,
roba un suspiro al dolor,
luego marcha con valor
hacia aquel hombre que viene.

Se acerca, — á la debil luz
del relámpago lejano
alza con fervor la mano
y hace el signo de la cruz.

Lucha un instante, y en pos
de ese signo sacrosanto,
osclama anegada en llanto
— *Una limosna por Dios !*

Detiénese el peregrino,
contempla á la desvalida,
dá una moneda en seguida,
y prosigue su camino.

Ella en la felicidad
de sus arranques prolijos,
dice:—Dios, en vuestros hijos
os premie la caridad

Y desafiando las sañas
del fragoroso huracan,
piensa que ya tiene pan
el hijo de sus entrañas.

El que el bien hizo creyendo
en su virtud, se marchó;

y la que el bien recibió
se le quedó bendiciendo.

III

El erial de la éxistencia
guarda una flor blanca y bella,
y la fé derrama en ella
el perfume de su esencia.

Ni jamás la tempestad
abatió esa flor bendita,
que el álrego no marchita,
la flor de la caridad!

Eduardo G. Gordon.

Paris, 8 de Febrero de 1870.

Mosáico

Nuestro compatriota y amigo el Sr. D. Eduardo G. Górdon nos ha favorecido con la composicion que bajo el título de *La Flor de la Caridad* publicamos en la seccion poética.

A esta se sucederán otras de indisputable mérito

*

**

Preguntándole á un chusco Andalúz qué veía de mas censurable en esta capital, respondió; el *Monte-video*.

*

**

Decían dos hermanas á un jóven mostrándole sus labores bordados en seda consistentes en un almohadon y una cajetilla para cigarrillos, cuál le gusta á vd. mas? . . . *vuestra cajetilla* respondió galantemente el jóven saludando á la autora de ella.

*

**

La mujer de un químico preguntaba á unas amigas qué regalo debía de hacer á su marido en el dia de su santo, y contestó la mujer

de un farmacéutico : haz lo que yo, hija mia, como siempre anda en mejunjes, el último aniversario le regalé unos....tarros.

*
* *

Cumpliendo con la promesa que hicimos en uno de nuestros números anteriores, empezamos hoy á publicar *La Caja de Plata*, cuento fantástico traducido del francés por un compatriota nuestro y dedicado á la señorita V... E...

Recomendamos su lectura.

*
* *

Nuestro amigo P. D. nos pide signifiquemos que no contesta en este número á la réplica de *La Tribuna* por haber aparecido esta algo tarde, y por no permitírselo por otra parte, los exámenes Universitarios    los cuales ha tenido que consagrar su tiempo.

En el próximo número cumplir   con ese deber.

*
* *

Asistimos el vi  rnes    la corrida de toros que se efectuó en ese dia en el circo de la Union. Pensamos al respecto con nuestro malogrado compatriota Heraclio C. Fajardo.

Es un espectáculo bárbaro, no digno de un pueblo culto y civilizado como el nuestro.

*
* *

Epitafios.

Dentro está de este recinto
Un tirador de escopeta
Que jamás infringió el quinto.
Aquí un letrado reposa,
Muri   abrumado de pleitos...
Con su suegra y con su esposa.
